vida a Félix Díaz, el Prócer se mantuvo firme en su decisión, en cambio los magistrados de la Suprema Corte de Justicia, los mismos que durante decenios habían acatado servilmente hasta las consignas más inmundas del dictador depuesto, creyeron necesario hacer una demostración de su rectitud y suspendieron la ejecución en juicio de amparo, bajo el artificioso argumento de que Félix Díaz se encontraba en situación de retiro y por lo tanto no debió ser juzgado por un consejo de guerra, Félix Díaz fue trasladado a la penitenciaría del Distrito Federal; éste fue el preludio de la cadena de traiciones y bajezas que culminaron con el asesinato de Madero.

Al iniciarse 1913, solo unas cuantas guerrillas dispersas de zapatistas y orozquistas se oponían con las armas al gobierno de Francisco I. Madero; en Coahuila el gobernador Venustiano Carranza proseguía sus trabajos para formar una especie de liga de gobernadores que socababa la autoridad presidencial, pero ninguno de estos movimientos constituía una amenaza seria para la estabilidad del gobierno; sería posible que Madero lograra consolidar su régimen y asentar la política mexicana. Entre los nuevos conspiradores se hallaba un general llamado Manuel Mondragón, quien tenía fama de ser un genio militar por haber plagiado ciertas mejoras introducidas por los artilleros franceses en la fabricación de cañones.

Entre los primeros aliados de Mondragón, destacaba el Lic. Rodolfo Reyes, hijo del general preso, quien se encargó de conseguir el dinero (qué es el nervio de la guerra), jamás reveló la identidad de quienes financiaron el movimiento, pero ahora se saba que entre éstos, destacaba el sinientro hacendado morelense, Ignacio de la Torre y Mier; Mondragón reconoció su falta de prestigio para encabezar el cuartelazo, de manera que cedió el papel principal al general Reyes y el segundo a Félix Díaz primo político de De la Torre y Mier; el hacendado tenía el apoyo de los grandes magnates y del embajador norteamericano, Henry Lane Wilson; inclusive parece haber intentado aprovechar su influencia personal sobre Zapata.

Paradójicamente Victoriano Huerta se negó a participar en la conjura, expresando a un empleado de Mondragón que el momento era inoportuno para dar cuartelazos.



## 7.- LA DECENA TRAGICA

En la madrugada del 9 de febrero de 1913, mientras el presidente dormía en su alcoba del Castillo de Chapultepec, la revuelta estalló; Madero había recibido informes precisos de lo que se tramaba, pero, o no quiso hacerles caso, o pensó que al fracasar inevitablemente el cuartelazo, le proporcionaría una útil coyuntura para cortar algunas cabezas.

Iniciaron el movimiento 300 jóvenes corrompidos que estudiaban en la escuela de aspirantes, una especie de colegio militar de segunda en sus cuarteles de Tlalpan; marcharon hacia el Palacio Nacional que tomaron sin resistencia. Esto por que la guardia había sido previamente comprada; simultáneamente jefaturados por Mondragón, del cuartel de Tacubaya salieron 700 soldados rumbo a la prisión de Tlatelolco; en el camino se le unieron 100 militares más. Al llegar a Tlatelolco, Mondragón pidió al carcelero en jefe la libertad de Reyes, la cual obtuvo sin dilación; Reyes ya había comprado a la guardia, a varios oficiales de planta en la prisión y al escuadrón de caballería que vigilaba el establecimiento.

Gracias a la abundante distribución de mordidas, Félix Díaz también recuperó la libertad; ya juntos los conjurados, prosiguieron la marcha hacia el Palacio Nacional, donde Reyes debería proclamar el triunfo del cuartelazo; para esas alturas la situación había dado un vuelco sensacional: aunque gran parte del ejército sabía del cuartelazo y sólo esperaban que la situación se aclarase para lanzarse a la cargada, un elevado número de oficiales y jefes en proporción tal vez mayor que la de los civiles que servían al gobierno, (según se apreciaría poco después), eran leales al gobierno; entre éstos hombres que mucho diluyeron la horrorosa mancha que iba a caer sobre las fuerzas armadas, se encontraba el comandante militar de la plaza general Lauro Villar; en los momentos en que Díaz era liberado, Villar llegó al Palacio Nacional con escasos 60 hombres e imponiendo su autoridad penetró al edificio sin que nadie osara intercptarlo; luego con una arenga en que les reprochó su traición, logró que los jóvenes aspirantes se rindieran y recuperó el puesto antes de que Madero supiese que había llegado. La noticia del acontecimiento llegó a oídos de Reyes, Díaz y Mondragón; mientras marchaban de Lecumberri al Palacio Nacional, pensaron que se trataba de un rumor infundado, pero como medida de precaución decidieron enviar un cuerpo exploratorio, comandado por otro general traidor, Gregorio Ruiz; Villar se limitó dejarlo entrar al Palacio Nacional y una vez adentro lo hizo prisionero. Posteriormente con autorización presidencial, Ruiz y 15 aspirantes fueron fusilados.

Aunque volvieron a informarle detalladamente lo que había ocurrido, Reyes se negó a creerlo y a modificar sus planes en consecuencia estaba como fascinado, escribió Rodolfo Reyes, el horror de hacer nuevamente el papel de cobarde, tanto fracaso, se impuso a su instinto de supervivencia; "que se detenga la columna, yo lo haré", rugió; y espoleando el caballo prosiguió junto con algunos soldados hacia la llamada puerta mariana, donde los hombres de Villar aguardaban tras las ametralladoras que pronto empezaron a funcionar, eran las 8:45 de la mañana cuando Bernardo Reyes cayó muerto sobre el piso del Zócalo; buscó el sacrificio como la única solución para su propia personalidad; escribió Rodolfo Reyes. Sus cómplices huyeron en todas direcciones sin saber qué hacer, herido de gravedad en el pequeño combate, el general Villar no pudo darse a la persecución de los traidores; éstos se reagruparon poco después para refugiarse en el cuartel de la ciudadela donde tenían más cómplices; la muerte de Reyes había dejado un vacío de autoridad y Félix Díaz procedió a llenarlo.

Al ser informado de que el Palacio Nacional estaba nuevamente en poder de las fuerzas leales, Madero abandonó su residencia en Chapultepec y se trasladó al despacho presidencial, donde su presencia contribuiría a demostrar al país que el gobierno estaba firme.

Victoriano Huerta también fue enterado de los sucesos; la muerte de Reyes parecía indicar que el cuartelazo había fracasado; Huerta, temeroso de que salieran a la luz sus tratos con los conspiradores, marchó hacia el Palacio; por una pasmosa coincidencia, el automóvil de Huerta se cruzó con la columna de Madero que se dirigía también al Palacio Nacional; Huerta bajó del automóvil y respetuosamente se acercó a Madero, "precisamente iba a ponerme a sus órdenes, señor Presidete" dijo; ignorante de los verdaderos motivos de HUerta, Madero se dejó impresionar e invitó al general a sumarse a su columna. Continuaba hacia el Zócalo y después de salvarse de un ataque sorpresivo llevado a cabo por francotiradores, llegaron a la plaza que estaba cubierta por centenares de cadáveres, en su mayoría civiles curiosos. En Palacio Nacional, el heroíco general Villar estaba imposibilitado para moverse por las heridas que sufrió; urgía nombrarle sustituto y sin reflexionarlo suficientemente, Madero designó ahí mismo a Victoriano Huerta nuevo comandante militar de la plaza. Varios oficiales hicieron ver a Madero que Huerta no era digno de confianza, pero el Secretario de Guerra aprobó el nombramiento recién hecho y el Presidente creyó posible volver a utilizar la indudable habilidad militar de Huerta. ¡Si tan sólo volviera a instalar cerca de él a algún hombre de confianza que lo vigilara, con este propósito a las tres de la tarde del mismo día 9, salió en busca del general Felipe Angeles, quien se encontraba en Cuernavaca. La ausencia de Madero fue astutamente aprovechada por los traidores, un enviado de Félix Díaz visitó al embajador norteamericano Henry Lane Wilson y le pidió que exigiera al presidente la renuncia para evitar mayor derramamiento de sangre.



Madero regresó a México la tarde del mismo Lunes acompañado de Angeles y un millar de hombres de tropa; ya habían llegado a la capital varios escuadrones de irregulares y rurales enviados por los gobernadores leales de Estados vecinos. El Presidente fue cabalmente informado de la escandalosa entrevista de Félix Díaz con el compadre de Huerta y quiso nombrar comandante de la plaza a Felipe Angeles, pero como éste era de menor grado que Huerta, los asesores militares se opusieron a la medida; tal vez Madero pensó que sería fácil para Angeles vigilar a Huerta, pero éste ordenó al subordinado que se situara en una posición desde la cual ni podía hacer daño a los rebeldes, ni estaba en condiciones de observar las maniobras del comandante; aunque la lealtad de Angeles está fuera de toda discusión no se sabe porqué cayó tan fácilmente en la trampa. Toda la semana fue de pesadilla para los habitantes de la ciudad; Huerta lanzaba ataques calculados para no aplastar a los sublevados, inclusive los dejó que surtieran abundantemente provisiones; por lo menos dos veces se reunió secretamente con Félix Díaz, mientras tanto su compadre entraba y salía de la ciudadela, esforzándose por llegar a un acuerdo con Díaz, pero como éste seguía rechazando las pretensiones de Huerta, la lucha continuó. Huerta lanzaba a los irregulares, los más fieles a Madero en cargas suicidas, de caballería que eran exterminados por los cañones y las ametralladoras de la ciudad. La matanza de civiles alcanzó grandes proporciones y los cadáveres se pudrían en el piso o eran apilados para luego empaparlos de petróleo y prenderles fuego. Por fin Madero llamó a Huerta a su presencia y le preguntó la causa de que no hubiera tomado aún la ciudadela; el traidor pretextó que si bien, podría destruir el edificio a cañonazos el ataque desbarataría una amplia zona de la ciudad y morirían muchos inocentes.

A pesar del cúmulo de pruebas que le presentaban, Madero no acababa de convencerse de la traición. Las angustias de Madero habían venido creciendo minuto a minuto; Lane Wilson aliado de los embajadores de Inglaterra, Alemania y España, le hizo llegar una petición de que renunciara para evitar el derramamiento de sangre y posibles complicaciones internacionales, lo que implicaba una amenaza de invasión por parte de Estados Unidos. Lane Willson obró por cuenta propia, ya que el gobierno norteamericano adoptó una actitud de neutralidad.

El día 18 terminó por fin el período que los historiadores cono-

cen como la decena trágica. Por la mañana de ese día, Huerta hizo que sus tropas, que supuestamente estaban listas para iniciar el ataque general, desfilaran frente al Palacio Nacional; cuando Madero terminó de pasarles revista, Huerta convocó a una junta con los principales funcionarios del gobierno, ante quienes, los senadores felixistas repitieron que el sentir general de su cámars se orientaba a exigir la renuncia de Madero. Seguidamente Huerta se trasladó al restaurant donde se había citado con Gustavo Madero para la comida de reconciliación; Gustavo lo esperaba sentado a la mesa, los dos hombres se abrazaron y empezaron a comer; minutos después, Huerta dijo que tenía que hacer una llamada telefónica urgente y se levantó, por teléfono le informaron que Madero, Pino Suárez, Angeles y la mayoría de los miembros del gabinete, ya estaban presos. Huerta salió a la calle, hizo una señal y un pelotón de soldados procedió a aprender a Gustavo; un año después, las campanas de catedral repicaban para anunciar que el país tenía nuevos amos; el hermano del presidente, con la cara ensangrentada y deforme por los golpes y culatazos que recibió, fue llevado a la ciudadela donde el general Mondragón lo entregó a una chusma de 100 soldados civiles borrachos; Gustavo imploró piedad, recordando que tenía mujer e hijos; "cobarde", le gritó un soldado y con la bayoneta le sacó el ojo bueno, le dieron "pamba" de culatazos y bayonetazos hasta que alguien le disparó un tiro y lo mató, luego le quitaron el ojo de vidrio y los asesinos se pusieron a jugar con el objeto, usándolo como pelota. Por la tarde del mismo día, Huerta lanzó un manifiesto en el que anunciaba a la nación que había asumido el poder ejecutivo, el cuartelazo había tenido éxito pero solo a medias, Félix Díaz se negaba a colocarse en segundo término y por un momento pareció que la lucha entre los dos bandos renacería esta vez deberas. Lane Wilson llamó a su embajada a los dos generales para ajustarles cuentas y a la sombra del pabellón de las barras y de las estrellas los dos firmaron un histórico pacto mediante el cual se resolvió que Huerta asumiría interinamente la Presidencia; tendría un gabinete con mayoría de felixistas y en un plazo no fijado convocaría a unas elecciones en las que Félix Díaz sería el candidato oficial a la presidencia. Para llenar las formalidades del caso, sólo faltaba que renunciara Madero y Pino Suárez, y el presidente se negaba a hacerlo; el Congreso fue convocado a sesión de emergencia para que legitimara en alguna forma la usurpación; el principal ejecutor de la maniobra fue el diputado Porfirist Querido Moheno.

Para apaciguar a la opinión pública norteamericana y para obtener el reconocimiento del usurpador; Moheno quería que los diputados invistieran a Huerta con la primera magistratura, a pesar de que Madero negándose a renunciar; probablemente notó que en la sala flotaba cierta oposición, porque enseguida hizo uso del último recurso de lum-



pen burocracia mexicana; "el antiyanquismo falso, mentirosamente dijo, hoy mismo las cuadrillas de los barcos americanos han profanado las aguas Veracruzanas trayendo a bordo 6,000 hombres de desembarque, listo para profanar, no ya las aguas tranquilas, sino el mismo suelo sagrado de la patria, si la anarquía, como parece, se asienta en nuestro país; yo pido a todos los señores diputados que acudamos con una suprema buena volutnad, sin atender más que a lo que es urgente y que lleguemos a una solución práctica, el nombramiento de un presidente interino que salve la situación", Moheno aparentemente no se contaba con que en aquella Cámara de Diputados hubiera un leal maderista, pero sí lo había, se trataba del jalicience Francisco Escudero, quien contestó, "entiendo que cuando se nos llamó a esta sesión, ha sido para deliberar; si no ha dicho vamos a deliberar, pero bajo qué base?, uno de los jefes militares que ahora regentean el poder ejecutivo, ha dicho que, o se hace lo que él desea, o está dispuesto a hacer que se haga; bajo esa base, ¿cuál deliberación podemos tener? hemos de obedecer por patriotismo lo que los jefes militares quieran, entonces sale sobrando la deliberación, no nos dejan facultades para deliberar, entonces sale sobrando la amenaza y si quisieran reservar las cosas en una forma decorosa para nosotros, yo podía aconsejarles el camino; disolvernos y volvernos a nuestras casas".

En la cárcel del Palacio Nacional, Madero era sometido a fuertes presiones para que firmara su renuncia; inclusive se la pidieron los miembros de su gabinete, quienes a cambio de este servicio recobraron la libertad. De común acuerdo Madero y Pino Suárez aceptaron renunciar bajo la condición de que los gobernadores estatales siguieron en sus puestos y los amigos y partidarios de Madero no fueran molestados y que Madero, Pino Suárez, Angeles y sus familias fueran transportadas hasta Veracruz, en tren especial bajo la custodia de los embajadores de Chile y Japón, cuya presencia desalentaría cualquier atentado; luego el embajador de Cuba ofreció proporcionar un barco que transportara a los prisioneros a la Habana; Huerta aceptó; Madero ignoraba todavía lo relativo al asesinato de su hermano, abrigaba esperanzas de organizar desde el exilio una nueva revolución; el Presidente y el Vicepresidente firmaron las renuncias la noche del mismo 19 de febrero, ya con este documento los legisladores pudieron consumar una farsa jurídica; en las nuevas condiciones de acuerdo con la Constitución, la Presidencia recayó en el Secretario de Relaciones Exteriores, un grisáceo burócrata llamado Pedro Lascuráin; éste nombreó a Huerta, Secretario de Gobernación a quien correspondía la primera magistratura en caso de que faltara el Secretario de Relaciones Exteriores; luego Lascuráin fue jefe de la nación 56 minutos en total, renunció a la presidencia y a las 23;20 horas del 19 de febrero de 1913, el cargo recayó en Victoriano Huerta.

## 8.- EL GOBIERNO DE VICTORIANO HUERTA.

Una vez que los legisladores legitimaron la usurpación, la Suprema Corte de Justicia envió sus felicitaciones a Huerta; con esto, los militares neutrales pudieron jurar lealtad al nuevo amo de México sin incurrir jurídicamente en el delito de traición. Aparentemente los traidores dominaban la situación y Victoriano Huerta preguntó al embajador Henry Lane Willson, qué debía hacer con Madero; dejarlo libre o meterlo en un manicomio. El diplomático, tras aclarar que no deseaba inmiscuirse en la política interna de México, respondió: "Señor general, haga usted lo que crea conveniente para el país".

El 21, un par de días después de haber asumido el poder, Huerta convocó a una junta de gabinete para comunicar a los Secretarios la enigmática respuesta del embajador y preguntarles qué era en las circunstancias reinantes lo más conveniente para el país; los Secretarios opinaron que desde luego Madero no debía ser puesto en libertad; había que olvidarse de las promesas que se le hicieron; pues un loco como el presidente depuesto podría encender nuevamente la mecha de la rebelión y el país sufriría grandes perjuicios por su causa. Los más conveniente era conservarlo preso y entablarle juicio por delitos políticas.

Madero estaba recluído en una oficina del Palacio Nacional junto con Pino Suárez y Angeles; a eso de las 10:00 de la noche del 22 de febrero, los presos se acostaron en sus catres, Angeles recordaría que Madero se tapó con las cobijas y sollozó un rato, quizá porque se había enterado de la muerte de su hermano. A las 22:30 cuando los tres ya estaban dormidos, un mayor de rurales llamado Francisco Cárdenas y un mayor del ejército apellidado Chucharro entraron a la oficina y los despertaron, Cárdenas informó a Madero y Pino Suárez que se había dispuesto su traslado a Lecumberri, ya que en la penitenciaría existían mayores facilidades para vigilarlos; debían acompañarlo; Angeles debía permanecer donde estaba; Madero recogió un portafolio con sus apuntes y acompañado de Pino Suárez marchó con sus guardianes hasta el patio mayor del Palacio Nacional; en el lugar se encontraban dos automóviles con sus respectivos choferes y pistoleros. Madero y Cárdenas se instalaron en el asiento trasero; los vehículos enfilaron por las calles desiertas hacia Lecumberri; eran las 23:00 horas cuando llegaron a la entrada principal del cavernoso edificio; un guardia indicó a Cárdenas que prosiguieran hacia la puerta trasera, en ese instante se apagaron las luces de lo alto de la prisión, de manera que todo estaba en tinieblas cuando los autos llegaron a su destino final y Cárdenas ordenó a Madero que bajara, mientras Pimienta daba las mismas instrucciones a Pino



Suárez; Madero no tuvo tiempo ni de quejarse, pues en cuanto bajó del vehículo, Cárdenas le puso en la nuca su pistola y disparó, en el mismo instante Pimienta o un capitán llamado Agustín Figueroa quien lo acompañaba, asesinaba a Pino Suárez; después que los cadáveres recibieron los tiros de gracia, los asesinos rociaron de balas los vehículos; al día siguiente los periódicos publicaron la noticia de que Madero y Pino Suárez habían muerto en una balacera provocada por una banda de maderistas que trataben de rescatarlos; casi nadie se tragó la patraña y desde entonces el crimen ha sido achacado exclusivamente a Huerta, con el añadido de que Lane Willson fue cómplice moral del asesinato.

Huerta y Lane Willson indudablemente tuvieron una responsabilidad moral en los hechos, pero no fueron los únicos. El caso de Cárdenas, el asesino material de Madero permite deslindar mejor las responsabilidades. En 1911 cuando era comandante del cuerpo de rurales de Linares, Nuevo León, Cárdenas tuvo la fortuna que se le rindieran sorpresivamente al general Reyes tras el fracaso de la revuelta organizada en Texas y con esto ganó una breve notoriedad; posteriormente fue trasladado a la capital de la república y de algún modo acabó incorporándose al grupo de pistoleros que servían al hacendado Ignacio De la Torre y Mier; en varias ocasiones Cárdenas viajó a Morelos para hablar con De la Torre en su hacienda. El auto en el que viajó Pino Suárez fue alquilado por Ignacio de la Torre y Mier en el garage inglés que funcionaba en la avenida Juárez de la Ciudad de México; el otro carro era propiedad de un ricachón llamado Alberto Murphy y fue conseguido en calidad de préstamo por Cecilio Ocón, un correveidile de Félix Díaz; antes de entregar el carro a Cárdenas el mismo día del atentado, Ocón visitó por lo menos dos veces la residencia de Félix Díaz; todo hace suponer que Félix Díaz y De la Torre figuraron entre los asesinos intelectuales de Madero y Pino Suárez; Cárdenas conocía muchos pormenores del asunto, pero siempre los ocultó con declaraciones contradictorias; llevaba un diario de sus actividades y estos documentos se encuentran en la sección dedicada a la Secretaría de Relaciones Exteriores de Guatemala en el archivo de Centro América; Cárdenas se exilió en Guatemala y allá mismo se suicidó en 1920 como consecuencia de un lío de faldas; por alguna razón misteriosa el gobierno guatemalteco sigue considerando como confidencial el diario. Apenas dos años, siete meses y una semana antes de la noche en que murió Madero, Porfirio Díaz había estado presidiendo la más fastuosa del centenario de la Independencia; en ese período brevísimo, México había visto desplomarse al dictador que parecía incomovible y había presenciado los esfuerzos de Madero por enseñar a los mexicanos a vivir con dignidad. Madero no llegó a

consumar su obra y por tal motivo debe considerársele un héroe frustrado, máxime cuando su fracaso dejó al país en manos de los porfiristas incapaces y corrompidos, los reyistas; pero no se puede aceptar el argumento que esgrimen algunos historiadores en el sentido de que la prueba más clara de la ineptitud de Madero como gobernante, fue la manera tan infantil como se dejó traicionar por Huerta; con semejante razonamiento habría que aceptar que se hiciese el mismo cargo a Jesucristo, ya que él también se dejó traicionar por Judas. Tal vez la equivocación de Madero consistió en no entender la contrarrevolución que se gestó desde el gobierno anterior.

El 18 de febrero de 1913; Victoriano Huerta telegrafió a los gobiernos de todos los estados de la república para informar que el presidente Francisco I. Madero, el vicepresidente Pino Suárez y la totalidad de los miembros del gabinete eran sus prisioneros; a continuación añadió: autorizado por el Senado he asumido el Poder Ejecutivo; este mensaje se recibió en Saltillo, Coahuila, el mismo 18 de febrero; el gobernador Venustiano Carranza le leyó con inquietud, no que le preocupase la suerte de Madero, todo mundo sabía que desde el año anterior, Carranza organizaba una especie de liga de gobernadores para enfrentarla al régimen maderista, pero el gobernador de Coahuila conocía perfectamente bien al general Huerta, por haber sido compañero suyo cuando ambos militaban en la camarilla política del general Bernardo Reyes y sabía lo difícil que iba a resultarle llevar una buena relación con el nuevo amo de México.

Legiones de escritores carrancistas han hecho circular la versión e que, mientras la república entera se sometía a los dictados de Huerta, Carranza condenaba gallardamente la traición y se ponía al frente como reformador social de la Revolución que ha derramado bienaventuranzas sobre el pueblo. En realidad la rebelión de Carranza más a la conveniencia personal que al patriotismo, ¡gallardía, en el régimen de Madero! Carranza había sido uno de los políticos más destacacos, en tanto que los usurpadores no parecían estar muy dispuestos a llamarlo a primera fila, en todo caso a Carranza le convenía negociar desde una posición de fuerza y para esto ordenó que volvieran a sus bases las milicias coahuilenses que se encontraban fuera del estado. Unos centenares de hombres que jefaturaba su hermano Jesús se encontraban cerca de Torreón y otros más que comandaba el Coronel Pablo González y combatían en Chihuahua contra las gavillas antimaderistas de Pascual Orozco.



## 9.- EL EJERCITO CONSTITUCIONALISTA. EL PLAN DE GUADALUPE.

Carranza sabía que le faltaba estatura política para encabezar una rebelión nacional; por ello intentó ponerse a las órdenes del anciano general Jerónimo Treviño, comandante militar de la región de Monterrey, quien en los primeros momentos demostró intenciones de enfrentarse a los usurpadores, pero en último instante, Treviño flaqueó y Carranza se vió en la necesidad de maniobrar solo, aprovechando las divisiones que resentían los principales autores del cuartelazo.

Carranza representaba para huerta una preocupación menor. aparte de Coahuila, sólo Chihuahua y Sonora se habían abstenido de someterse a la usurpación. El problema de Chihuahua se solucionó momentáneamente asesinando al gobernador maderista Abraham González e instalando en su lugar a un Huertista; Sonora daba señales de querer negociar la paz; a Huerta le convenía inclusive que Carranza se lanzara a la rebelión, pues mientras anduviera luchando le ofrecería un pretexto para aplazar las elecciones; una vez eliminado políticamente Félix Díaz, Huerta podría concentrar en Coahuila las fuerzas de la federación y aplastar a Carranza con facilidad.

el 25 de febrero, Carranza se sobresaltó al recibir informes erróneos en el sentido de que el Presidente Norteamericano saliente William H. Taft había otorgado el reconocimiento al régimen de Huerta. De todos modos Carranza se cuidó de romper su política con Huerta; varios jóvenes coahuilenses la mayoría ligados a la milicia estatal, asediaban a Carranza pidiéndole que se lanzara a la rebelión; Carranza los contenía con el argumento de era necesario esperar el momento oportuno. Según un periódico coahuilense en aquellos días Carranza era una veleta, pues tan pronto reconocía como desconocía al gobierno.

Por fin, el 3 de marzo, al siguiente día Woodrow Wilson ascendió a la presidencia de los Estados Unidos de Norteamérica; Carranza dió un paso decisivo al imponer a los bancos de Coahuila un préstamo por setenta y cinco mil pesos; Huerta recibió oportuno aviso de lo que pasaba, obviamente Carranza se estaba aprovisionando de fondos para lanzarse a la lucha; Huerta telegrafió al gobernador de Coahuila pidiéndole explicaciones y la ruptura definitiva se produjo con el mensaje de respuesta: "no es a usted a quien debo rendirle cuentas".

Carranza se movía por casi todo Coahuila sin encontrar enemigo al frente; el día 21 atacó Saltillo creyendo que la plaza estaba desguarnecida, pero ya se había concentrado allí un millar de federales y tras